

no sienta ni piense en nada, ni se mueva... y que siempre esté aquí, inerte y pasivo, para recrearle el menguado tiempo que me dedica?... ¡Si eso es lo que usted quiere, dígalo!...

—No quiero nada, contestó Lionel con acento de frío desdén; adiós, María.

Y salió de la habitación.

Hubo en su despedida un eco tan grave y tan profundo, que la joven adivinó instantáneamente su suprema significación. ¡Estaban separados! María hizo un ademán desesperado y se incorporó á medias, queriendo llamar con un grito al que se iba y á quien había amado y amaba aún más que á nadie... Luego, acometida por una especie de dolorosa convulsión, hundió su cabeza entre las almohadas, sofocando contra ellas sus sollozos.



## X

Habían pasado dos años. Desde comienzos de Julio la señora de Rias se estableció en Deauville para pasar el verano, con su madre y sus hijos. Vivía en la quinta de Los Rosales, cuyo jardín se abría sobre la terraza, entre el casino y las dunas arenosas de la playa. Muchas de sus amigas de París la acompañaban, especialmente las señoras de Chelles y de Estreny: la señora de Chelles, con quien la joven había reanudado desgraciadamente sus antiguas relaciones, estaba en Villers, y la duquesa en Houlgate. Las tres primas se visitaban asiduamente y formaban el núcleo de un círculo elegante y coquetón que rendía culto ferviente al buen humor. Algunos de sus compañeros de los bai-

les de invierno, también contribuían á regocijar las reuniones. Estos eran los encargados de idear y de ejecutar diariamente distracciones nuevas, terrestres ó marítimas: paseos por el mar, partidas de pesca, cabalgatas campestres, comidas sobre la hierba y excursiones nocturnas, á la luz de la luna. Algunas noches, aquella brillante comparsa invadía cualquiera de los casinos de la playa, pero generalmente bailaban en sus casas ó representaban comedia, unas veces en los salones de alguna de aquellas señoras, y otras en los bosquecillos de los parques iluminados con farolitos venecianos. Un ligero tinte de galantería amenizaba aquellos festejos y todos se divertían grandemente, excepto la señora de Fitz-Gerald, que empezaba á fatigarse de existencia tan ajetreada, y el señor Rias, que se había retraído completamente.

Lionel, según costumbre, se quedó veraneando en París, y únicamente hacía á la quinta de Los Rosales algunas pequeñas y raras visitas, sin otro objeto que evitar la maledicencia del público y de los criados. Entre él y su mujer no volvió á insinuarse nunca el menor asomo de explicación, pero la vida íntima de ambos se adivinaba fácilmente: era ese estado inaguantable de hostilidad sorda y continua que atormenta á esos matrimonios en que ninguno de los cónyuges puede decir una frase que no sea contradicha inmediatamente por el otro, y en los que cada palabra parece envolver alusiones pérfidas y rencores ó amargos reproches.

La señora de Rias veía con satisfacción cómo desaparecía del horizonte el rostro irónico y som-

brío de su marido. En cambio, la señora de Fitz-Gerald agotaba inútilmente todos sus recursos para retener á su yerno que, ciertamente, no había correspondido á sus esperanzas, pero por el cual sentía un cariño que disculpaba sus galantes calaveradas y la vedaba tomarlas en consideración y por lo trágico.

—Lo que me sorprende de mi yerno, decía confidencialmente á la marquesa de Veyle, que también estaba temporalmente en Trouville, es su conducta para con mi hija. Pase que la engañe y que asedie á todas las mujeres... (y, á propósito, creo que ha reñido con Sylva, que ha sido una de sus más famosas travesuras...) Porque burlar á mujeres galantes es moneda corriente... Pero lo inconcebible es que trate mal á mi hija. A mí, sin embargo, me es muy simpático, porque es innegable que es hombre que sabe agradar cuando quiere...

—¡Ya lo sé... el muy zoquete! murmuró la anciana marquesa.

—¡Pues bien!... á mi hija la trata con extremada brusquedad, y la riñe como si no le bastase ofenderla día y noche con sus devaneos. No me negaréis que todo esto, en un hombre de tan refinado trato como mi yerno, es casi incomprensible. ¿Qué pretende? ¿Quiere exasperarla hasta el extremo de...? ¿Qué la engañe á su sabor, pero que al menos la trate cariñosamente!... ¡Eso es elemental!... Si no hace esto, mi pobre hija es capaz de un deslíz, porque vive muy agasajada... Tengo mucha confianza en su educación, pero, hay que reconocer, ¡que no es de piedra!... Quiero mucho á mi

verno, apesar de sus defectos, y no deseo que le suceda ninguna desgracia... Pero realmente es muy ligero, mucho...

—¡Está loco! dijo la marquesa; le aseguro á usted que está loco... ¡y no hablemos más de él!...

Los peligros que la señora de Fitz-Gerald previó, guiada por su doble instinto de mujer y de madre, eran ciertos, desgraciadamente. La señora de Rias había tenido aquella hora fatal que la experiencia de su marido le anunciara. Lentamente se fué cansando de las bulliciosas alegrías que embrigaron su juventud. La agitación mundanal, los trajes, los saraos, las fiestas, siempre repetidas, de su vida, ya no la bastaban. Su fantasía y su corazón exigían que añadiese á su existencia casquivana, algo más nuevo, más intenso, más trascendental, y es de suponer que abundarían los hombres dispuestos á secundar aquellas intenciones.

No es difícil que las excitaciones y las luchas de vanidad se sumen á los movimientos pasionales femeninos para dirigir los afectos de una mujer, y en los grupos de personas reunidas por conveniencias sociales ó por identidad de gustos, casi siempre bulle un empingorotado personaje que tiene el privilegio de monopolizar las coqueterías y agasajos femeninos, y cuya conquista no es solamente un placer del corazón, sino también un triunfo del orgullo. Este agradable papel lo representaba en la tertulia de la señora de Rias el vizconde Roger de Pontis, pariente del duque de Estreny. Roger era un calaverón muy simpático. Después de derrochar su fortuna en amos de bastidores y en

el juego, sentó plaza, á los veinticinco años, en un regimiento de húsares, en el cual luchó con extremada bazarria, conquistando los galones de teniente. Más tarde, una herencia inesperada le hizo abandonar su carrera y volvió á la vida civil. Sus locuras, su valor, sus hazañas guerreras y amorosas, le recomendaban eficazmente á los ojos de las damas, que le querían más por sus vicios que por sus virtudes. Tenía, además, la seductora propensión de obsequiar á las mujeres con cualquier pretexto y sin tasa. Recorria doce leguas á caballo y de noche para comprarlas una madeja de seda que luego ponía galantemente á sus pies; y las cantaba romanzas, las daba lecciones de equitación, dirigía el cotillón, componía charadas, disponía las giras campestres, los *lunchs*, los fuegos artificiales y cuanto ellas pudiesen apetecer. Siempre estaba dispuesto á divertir las en todo lo que fuese menester; listo y alegre como un paje, y solapado y ardiente como un tigre.

Con estas apariencias de loco simpático, Roger, vizconde de Pontis, era un conquistador muy sa-gaz, muy experto y muy peligroso. Enamorado locamente de la señora de Rias, la juzgó al primer golpe de vista y con gran exactitud, y comprendió que una plaza tan joven y tan fuerte no podía rendirse con un golpe de audacia. Entonces empezó una serie de habilísimas combinaciones, comenzando por ocuparse muy poco de ella mientras estrechaba el cerco de sus dos primas. María, que era y sabía ser la flor y nata de la reunión, se sintió humillada y le pagaba desdén con desdén, y

ese fué el primer triunfo positivo del vizconde. Paulatinamente la fué explicando su conducta: su frialdad era respeto; á una mujer como ella no se la corteja... ¿Por qué?... Porque la consideraba muy por encima de los galanteos vulgares... y también... ¿era forzoso decirlo todo?... María le inspiraba miedo; ¡era raro! pero era así. Una mujer como ella solo podía inspirar una pasión firme y duradera, una gran pasión, y el señor Pontis temía dejarse esclavizar por un sentimiento de esta clase, porque presentía el terrible imperio que luego ejercería en su vida, ¡Quizá se engañase, porque un afecto de tantos alcances acabaría con aquella vida crapulosa de que empezaba á avergonzarse: sería su rehabilitación, su redención, pero... ¡tenía miedo!...

Acerca de esto podían decirse pensamientos muy bonitos, y él los dijo.

La idea de perderse para salvar á aquel húsar, la pareció, desde luego, muy singular á la señora de Rias. Su vanidad se holgaba de que ella hubiese sido elegida para consumir tan portentoso milagro, y mientras batallaba contra aquel pensamiento, su inocente corazón se iba encariñando con aquella seductora quimera; y con tal acierto fué desarrollándose la intriga que ya las peripecias últimas parecían no estar muy lejos, cuando la aparición de un nuevo personaje vino á estorbar un poco las maquinaciones del vizconde.

Hacia fines de Julio la señora de Lorris, cuyo marido se había embarcado algunos meses antes, se reunió en Trouville con la marquesa de Veyle.

Iba acompañada de su hermano Enrique de Kévern, cuyo nombre ya ha sido pronunciado en el trascurso de esta narración, pero que ahora presentamos al lector por primera vez. Kévern era un hombre cuyo trato frío y severo ocultaba un carácter extremadamente apasionado. Aún llevaba en el corazón el duelo que le causó la pérdida de su esposa, encantadora y bellísima mujer, muerta diez años antes. La desesperación que le causó aquel golpe fué tal, que su hermana temió que aquello tuviese un desenlace siniestro: después emprendió largos viajes, cuyas fatigas y peligrosos episodios habían servido de cordial lenitivo á su dolor, pero sin consolarle completamente. Desde entonces conservó un fondo de salvaje melancolía que le aislaba del mundo, y cuando volvió á Francia se iba á vivir en el campo y no visitaba más que á su hermana, cuya cariñosa solicitud siempre estaba maquinando triquiñuelas diversas para sacarle de su aislamiento. Una fidelidad conyugal tan extraordinaria se había convertido en una especie de leyenda entre la alta sociedad parisina, en donde el señor Kévern era considerado por las mujeres como un héroe y por los hombres como un farsante.

La señora de Lorris fué, al día siguiente de su llegada, á visitar á la señora de Rias, con la cual siempre tuvo una estrecha amistad, aunque su buen juicio condenase aquel modo de vivir tan disipado que María llevaba, escudándose en su abandono y en sus disgustos domésticos. Satisfechas las primeras expansiones y estando confesándose

mútuamente sus impresiones, dijo la señora de Rias:

—Apropósito, querida mía... ¿No sabes lo que sucede? Hay uno que me ama.

—¿Nada más que uno? preguntó la señora de Lorris.

Maria enrojeció ligeramente.

—¡Oh! en cuanto á eso, repuso, es fruta que abunda mucho por estos lugares; pero éste es diferente y además me preocupa porque su tipo no me es desconocido y no puedo recordar donde le he visto... En sueños, tal vez... De todos modos, el tal es muy ridículo... Hace tres días que me sigue á todas partes, á pié y á caballo, y continuamente está yendo y viniendo por delante de la reja de mi hotel. Ayer estuve en Trouville y se quedó delante de los escaparates de todos los almacenes en donde entré. Esta mañana me esperaba á la salida de la iglesia... Te aseguro que me aburre...

—¿Qué clase de hombre es?

—Es un caballero bien trajeado y de finísimos modales... pero que tiene algo extraño, inexplicable... En fin, ¿qué me aconsejas que haga si persiste en su porfía?

—Que no le hagas caso. Además, ¿estás segura de que es á tí á quien se dirige?

—¡Tóma! exclamó la señora de Rias encogiéndose de hombros. ¡Mira! añadió casi al mismo tiempo; ¡ahí le tienes, fijate!...

Estaban sentadas en un extremo del salón, cubierto por una especie de rotonda de vidrios con vistas á la calle, y de la cual había algunos crista-

les abiertos. La señora de Lorris miró furtivamente al misterioso personaje que Maria le designaba, y se echó á reír.

—¿Ese es tu pretendiente? dijo; pues lo que deseo, querida, es que nunca tengas otro más temible.

—¿Le conoces? preguntó vivamente la señora de Rias.

Sin responder, la señora de Lorris se asomó al balcón y gritó á media voz, agitando un pañuelo:

—¡Enrique!

—¡El señor de Kévern! exclamó la señora de Rias.

—El mismo, querida: ha llegado aquí un poco antes que yo y pensaba presentártelo uno de estos días; ahora ha llegado la ocasión. En cuanto al móvil que le incita á perseguirte y á mirarte... ¡pobre hombre!... es bien inocente y voy á despejarte el enigma con una palabra: ¡te pareces á su mujer!

Entre tanto el señor de Kévern había respondido al llamamiento de su hermana con más sumisión que entusiasmo, y abriendo lentamente la verja del pequeño jardín que rodeaba al hotel, empezó á subir sin prisa la escalera exterior del salón.

Las dos jóvenes se habían asomado á la escalinata.

—Mi hermano, dijo la señora de Lorris; mi prima, la señora de Rias.

Maria, que apenas se acordaba de haber visto en otras ocasiones al señor de Kévern, pero cuya historia conocía detalladamente, no reconoció en

él al tenor sentimental y dolorido que había imaginado. De pequeña estatura, vivo y robusto, con la tez curtida y los cabellos negros y canosos por la parte de las sienes, tenía el aspecto marcial de un oficial de cazadores en traje de paisano. La mirada en que la envolvía era de curiosidad, fría y casi dura. Se sentó algunos momentos, interrogando á la joven, con voz brusca, acerca de sus hijos, sus aficiones y sus placeres, y oyendo sus contestaciones con aire impasible y distraído: después se fué por donde había venido, no dejándola muy buena impresión ni de su visita ni de su persona.

—¿Y dices que me parezco á su pobre mujer? preguntó Maria á su amiga cuando quedaron solas.

—Mucho. Hace tiempo que advertí la semejanza y estaba segura de que él también la notaría.

—¿Y crees que él también la ha visto?

—Me lo ha dicho.

—Parece que le disgusto por esta semejanza... como si yo fuese responsable...

—¿De dónde sacas eso?... ¿Es que mi hermano no te agrada?...

—¡Cómo quieres que tu hermano no me agrade!... No es mi tipo porque tiene el semblante un poco serio... pero es tu hermano y le quiero... ¿Pretendes acaso que le adore?... Dimelo...

—No, no tanto, pero trátale bien, te lo suplico, deseo salvarle de sí mismo. ¡Es tan desgraciado... tan bueno... tengo tanto que agradecerle!... Ya sabes que él es quien me ha educado...

—Y que ha hecho de tí una perlitita, interrumpió la señora de Rias besando cariñosamente á su prima. Pues, ea, tranquilízate, querida, que ya le alegraremos, vaya... aunque la empresa no parece tan fácil... ¡Pero proponiéndoselo!...

La señora de Lorris, no queriendo dejar solo á su hermano, agotó los recursos más conmovedores de su elocuencia para hacer que la acompañase á Trouville, y fiaba mucho, para ir aficionándole paulatinamente á la sociedad, en la facilidad y llaneza de relaciones de las estaciones balnearias. El extraño parecido que la naturaleza puso entre su prima la señora de Rias y la difunta mujer de Kévern, y el gran atractivo que esta semejanza podía ofrecer á su hermano, no habían entrado en sus cálculas; pero bien pronto vió en ello una nueva probabilidad de triunfar y la utilizó sin escrúpulos: porque aquella mujer, aunque discreta, era mujer al fin, y su pasión fraternal, que casi era el único afecto de su corazón, la impidió ver lo que había de malo utilizando, por muy honrados que fuesen sus propósitos, una coincidencia tan delicada. Por su parte la señora de Rias, comprendiendo en seguida el papel que la había confiado la diplomacia de la señora de Lorris, lo aceptó de buen grado, movida por una fuerte dosis de curiosidad y tal vez de malicia.

Esta inocente conspiración no encontró en el señor de Kévern toda la resistencia que era de temer. Su hermana, durante los largos viajes de su marido, estaba condenada á una existencia retráida y austera impropia de su edad; de modo que su

hermano era el único protector que podía otorgarle alguna libertad y distracción, acompañándola de vez en cuando en sociedad. El mismo se había reprochado frecuentemente no tener bastante fuerza de voluntad para hacerlo así, y tal vez cobró ánimos después, en la especie de interés melancólico que la señora de Rías la inspiraba. Sea como fuese, ello es que consintió en comer al día siguiente en casa de María; la joven le invitó después para una gira campestre, y aceptó también y con tanto gusto, que la joven no vaciló en creer que el señor de Kévern era un falsario que estaba muy por debajo de su reputación:

—*¡Su inocencia, por fin, empieza á molestarle!...*

Decía María riendo con su prima la señora de Chelles, al evocar un recuerdo clásico oído en los márgenes del Teatro Francés.

Cuando regresaron de la gira campestre, en la que el señor Kévern estuvo de muy buen humor, hubo baile en casa de la señora de Rías, quien estimó oportuno afirmar su poderío obligando á bailar á aquel viudo inconsolable; y corriendo de pronto hacia él, trató de comprometerle á bailar un vals con ella. El señor de Kévern rehusó con una negativa rotunda subrayada con una mirada glacial. La joven, poco acostumbrada á estos desaires, hizo despechada una ceremoniosa reverencia y fué á esconder su confusión en los brazos de Roger, que no deseaba otra cosa; y cuando el baile terminó, encendió un cigarrillo, como por bravata. El señor de Kévern se acercó á ella y dijo sa-

ludándola y con una sonrisa que prestaba á su rostro un encanto singular:

—Perdóneme usted; la he parecido á usted muy brusco, ¿no es cierto?

—Sí.

—Veamos, señora, añadió bondadosamente; preciso es que nos entendamos. Por complacer á mi hermana y tener el gusto de verla á usted, decidí reaparecer en sociedad... Procuro no ser un turba-fiestas... y no alardeo de mis pesadumbres secretas. Pero, ya que usted las conoce, ¿por qué no las respeta? ¿Por qué se afana usted en ridiculizarme? Eso no está bien ni es propio de una amiga... y yo creí que usted era amiga mía.

El acento franco y confidencial de aquellas palabras conmovió á la señora de Rías, cuyo espíritu, aunque algo descarriado, se conservaba puro; y dijo con cariñoso regocijo tendiéndole una mano al señor de Kévern:

—¿Quiere usted que sea su segunda hermana?

—Se lo ruego á usted, repuso Kévern.

Hubo un momento de silencio durante el cual la joven lanzó una bocanada de humo y añadió gravemente:

—Verdaderamente necesito mucho un hermano.

El señor de Kévern asintió sin responder.

—¿Usted lo cree así, no es cierto? preguntó ella.

—Usted lo dice...

—Usted me reñirá cuando no esté satisfecho de mí... ¿quiere?...

—¡Corriente!... Ahora mismo, si me autoriza,

—¡Ah! veamos...

—Pues bien, dijo sonriendo; no fume usted.

La correctas facciones de la joven se arrebolan y replicó, tirando el cigarrillo:

—Está usted servido... y se sentó en el piano.

En los días consecutivos la señora de Rias se impuso una especie de grato deber sometiendo sus acciones y hasta sus gustos á la aprobación ó censura del señor Kévern. Le consultaba sus trajes... ¿eran demasiado llamativos? Acerca de su modo de bailar: ¿era correcto? Y de las frases que empleaba habitualmente: ¿eran demasiado picantes y excesivamente familiares? ¿Aprobaba el color amarillo de sus zapatos? ¿Podía llevar bastón? El señor de Kévern soportaba estas niñerías con un aire de zumba tranquila y desdeñosa, pero no por eso dejaba ella de comprender que Kévern reprobaba generalmente cuanto ella hacía y decía, tanto en conjunto como en los detalles.

—Decididamente, querida, dijo María á la señora de Lorris, tu hermano es muy descontentadizo.

Aquel descontentadizo, no obstante, la preocupaba y la dominaba. La enérgica personalidad de Kévern, su superioridad intelectual, el prestigio romántico de su historia, su carácter autoritario, dulce y fuerte á la vez, la inspiraban un respeto que la atraía. Quizás hubiera dependido de él ocupar en el corazón de la joven el puesto que había usurpado el vizconde de Pontis: pero el señor Kévern no pensaba en eso, y seceñía escrupulosamente á los deberes que le impuso el fraternal empleo que la señora de Rias le había confiado: en cuanto

á su joven amiga, vencida por sus habituales coqueteos, trataba de alterar el curso de sus relaciones, y él la castigaba con miradas severas y brusquedades de lenguaje que reprimían despiadadamente sus malévolas maquinaciones.

Desgraciadamente, las mujeres no gustan de ser amadas á medias, y la señora de Rias, en la crisis por que atravesaba entonces y deseosa de apasionarse por algo, era menos propicia que cualquiera otra mujer, á contentarse con las plácidas dulzuras de una mútua simpatía. El arriscado vizconde, exasperado por la lucha, redoblaba sus triquiñuelas y seductoras raposerías. Se había atrevido á escribirla, sus cartas eran bien recibidas, y para quien supiese ver la parte oculta de la vida, los guiños, que á cada momento se cambiaban entre ambos y las miradas suplicantes del uno y enternecidas de la otra, anunciaban que el desenlace fatal de aquella aventura era inmediato.

Aquellos síntomas precursores no podían pasar desapercibidos para el señor Kévern, tanto menos, cuanto que la señora de Rias parecía complacerse en dárselos á conocer. El corazón femenino tiene misterios tan impenetrables, que no procuraremos averiguar, por qué María, que tan cuidadosa se mostraba de complacer á Kévern, le sometía á aquellas pruebas que seguramente le desagradaban.

Pero aún sucedió más. Una hermosa noche de agosto en que volvía una numerosa cabalgata de amigos de una quinta que el señor de Chelles poseía en los alrededores de Caen, y en donde acaba-



ban de celebrar una alegre comida, María dejó repentinamente al vizeconde para ir á reunirse con Kévern, que caminaba un poco separado, y aprovechando las sombras de la noche le dijo las siguientes extrañas palabras:

—Caballero, deseo hablar con usted.

—Diga usted, señora.

—Su amistad es preciosa para mí, cada día lo comprendo mejor.

—Me alegro muchísimo.

—¿Pero cree usted que una amistad, por grande que sea, puede saciar el corazón de una mujer?

—No aspiro á tanto.

—Pues bien, si acaso un sentimiento más avasallador se enseñorease de mi vida y yo le sacrificase mis deberes... de los cuales, usted lo sabe, han hecho todo lo posible por separarme, ¿podría contar siempre con la amistad de usted?

—No, repuso Kévern friamente.

—¿Cómo? ¿Por qué?... ¿No me sería en mi desgracia, en mi falta, si queréis, más útil que nunca?

—Es posible, pero la misión de confidente de un amor culpable no me agrada.

—Por lo menos, si eso llegase... ¿me censuraría usted?

—La censuraría mucho.

—¿Estaría usted celoso de mí?

—No tendría celos de usted porque no estoy enamorado de usted, no puedo estarlo. Los recuerdos que evoca usted en mí, me defienden de usted misma, y por eso si quebrantase usted sus deberes, la

odiaria, pareciéndome que mancillaba usted mis recuerdos. ¿Comprende usted?

—No, repuso ella; todo eso es demasiado sutil para mí.

Y revolviendo su caballo se agregó al núcleo principal de paseantes, con los cuales empezó á reír á carcajadas.

Una cena espléndida aguardaba á los convidados en el hotelito que la señora de Chelles tenía en la playa de Villers. Después empezaría el baile que se prolongaría, como era lógico, hasta el amanecer; y el señor Kévern, que aunque deseoso de complacer á su hermana no podía acceder á tanto, rehusó detenerse en Villers y siguió con ella su camino hasta Trouville. Por la mañana quisieron llevarse á la señora de Rias, cuya madre se había marchado á París á pasar algunos días, y era natural que á la vuelta la acompañasen hasta su casa; pero la joven no consintió en salir tan temprano y acordaron que un poco más tarde la acompañaría su prima la señora de Chelles, que siempre se acostaba muy tarde.

Después de caminar algunos momentos los dos hermanos, embebecidos en la contemplación de aquella noche magnífica, el señor Kévern dijo bruscamente:

—¡Luisa, esa pobre niña está perdida!

—¡Oh, qué dolor! exclamó la señora de Lorris.

—Sí, es muy triste... Su marido, sin embargo, no es un tonto, ni un pillo... ¿En qué piensa?...